

fama abominable. Lejos de allanarles el paso, como á Napoleon Bonaparte, les opone dificultades que sirven de magnífico contraste á sus virtudes. Este es el distintivo característico entre el libertador y el asolador de los pueblos, entre el gran capitán, cuya misión es destruir, y el hombre que aparece sobre la tierra para edificar. Aquel es dueño de todo y emplea para sus fines recursos inmensos; este otro por el contrario, de nada dispone y solo se vale de los medios mas débiles: fácil es conocer por estas señales la misión y el carácter del asolador de la Francia.

Bonaparte es un supuesto grande hombre: fáltale la magnanimidad que es el constitutivo de los héroes y de los verdaderos reyes: de aquí proviene que no se cita de él ni una sola de aquellas máximas que por sí solas revelan el alma de un Alejandro, de un César, de un Enrique IV ó de un Luis XIV. La Providencia le creó sin entrañas: su cabeza, bastante capaz es el imperio de las tinieblas y de la confusión. Todas las ideas, incluso las del bien, pueden tener cabida en ella; pero tambien desaparecen con la misma facilidad. El rasgo distintivo de su carácter es una obstinacion invencible, una voluntad férrea; pero entiéndase solamente para la injusticia, la opresion y los planes extravagantes, pues abandona con la mayor inconstancia cualquiera sistema del que pudiera redundar algun bien á la moral; al orden ó á la virtud. La imaginacion le domina; la razon no ejerce en él su influencia. Sus proyectos no son resultado de un profundo y detenido exámen, son ráfagas de un impulso súbito, de una resolucion del momento. Hay algo de cómico en sus acciones; en él todo es remedo, hasta las pasiones que está lejos de sentir. Siempre figurando en un teatro; unas veces, como en el Cairo, representa el papel de un renegado que se jacta de haber destruido la sede pontificia; otras veces, como en París, declama tomando el tono de restaurador del Cristianismo: tan pronto inspirado, tan pronto filósofo, en todas sus escenas se nota demasiado el estudio, y la anticipada preparacion: la posteridad juzgará imparcialmente al soberano que tenia que tomar lecciones para presentarse en actitudes dignas de su elevado carácter. Afanándose por parecer original, nunca ha podido pasar de la imitacion, y aun esto lo hace con arte tan grosero que al instante revela el objeto que se propone imitar: constantemente está ensayando palabras que le parecen sublimes, ó hechos que en su concepto están llenos de elevacion. Aparentando un talento universal, habla á un mismo tiempo de hacienda y de espetáculos; de guerra y de modas; arregla la suerte de los reyes, y el sueldo de un empleado de puertas; expide en el Kremlin un reglamento de teatros, y el día que va á dar una batalla manda que se haga la prision de algunas mujeres en París. Como hijo de la revolucion, presenta semejanzas con su madre; intemperancia de lenguaje, aficion á la baja literatura y manía de escribir en los periódicos. Bajo la máscara de César y de Alejandro se echa de ver el hombre de poca importancia y el hijo de oscura familia. El soberano desprecio que manifiesta hácia todos los hombres, nace de que á todos los juzga por sí mismo. Su máxima es que todo se hace por interés, y que hasta la probidad no es mas que un cálculo. De aquí provenia aquel sistema de *fusión* que constituía la base de su gobierno, empleando sin distincion al bueno y al malo, y teniendo el mayor cuidado en poner á cada cual en oposicion con sus propios principios. Su mayor placer consistia en deshonorar la virtud, y denigrar las reputaciones: puede decirse que no tocaba cosa alguna que no la manchara. Cuando habia derribado á un sugeto entonces era, cuando, valiéndonos de sus propias expresiones, decia que *habia encontrado su hombre*; el caido le pertenecia por derecho de infamia, y ganaba un poco menos de amor y un mucho mas de desprecio. En su administracion

queria que no se vieran sino resultados; que no se reparara en medios, y que siendo las *masas* el todo, las *individualidades* no fuesen nada. «Podrá esa juventud llegar á corromperse; mas no por eso me será menos obediente; perecerá este ramo de industria; mas por de pronto me valdrá algunos millones; morirán sesenta mil hombres en este lance, pero yo ganaré una batalla.» Esa es su manera de discurrir; ese es el modo de aniquilar los reinos!

Como naturalmente destinado para destruir, Bonaparte llevaba el mal en su seno tan naturalmente como una madre ostenta con alegría y hasta con una especie de orgullo el fruto que lleva en sus entrañas. Horrorizábase de la felicidad de los hombres; en cierta ocasion dijo: «En Francia hay aun algunas personas felices, y estas son las familias que no me conocen que viven en el campo, en una quinta, con 30 ó 40,000 libras de renta; pero yo sabré dar alcance á esas personas.» Napoleon cumplió esta palabra. Estando en una ocasion viendo jugar á su hijo, preguntó á un obispo que se hallaba presente: ¿Señor obispo, creéis que eso tenga alma? Todo lo que se distingue por alguna superioridad espanta al tirano: toda reputacion le importuna. Envidioso del talento, del valor y de la virtud, ni aun la celebridad del crimen le agradaria, si ese crimen no fuese obra suya. Reconociéndole como el menos favorecido de los hombres cáusale sumo placer humillar á cuantos le rodean, sin acordarse que los reyes de Francia á nadie insultaban porque sabian que nadie podia tomar venganza de ellos; sin acordarse que habla con la nacion mas pundonorosa, con un pueblo educado en la corte de Luis XIV justamente célebre por la elegancia de sus modales y por lo exquisito de su delicadeza. Por último Bonaparte nada mas ha sido que el hombre de la prosperidad: tan luego que la desgracia, verdadero crisol de la virtud, tocó al brillante fantasma, se desvaneció el prodigio: el monarca quedó reducido á un aventurero y el héroe se vió despojado de su gloria postiza.

Al disolver el Directorio le habló Bonaparte en estos términos:

«¿Qué habeis hecho de aquella Francia que os dejó en un estado tan brillante? Os dejé la paz y os encuentro en guerra; os dejé victorias y os encuentro en ruinas; os dejé los millones de Italia y por todas partes no encuentro mas que leyes usurpadoras y miseria. ¿Qué habeis hecho de 100,000 franceses todos conocidos míos y compañeros de gloria? ¡Han muerto! Esta situacion no puede prolongarse: antes de tres años nos conduciría al despotismo: queremos república, pero la queremos cimentada sobre bases de igualdad, de moral, de libertad civil y tolerancia política, etc.

Hombre de perdicion, hoy en día usando de tus propias palabras podriamos preguntarte. ¿Di, qué cuenta das de aquella Francia tan brillante? ¿A dónde han ido á parar nuestros tesoros, los millones de Italia y de la Europa entera? ¿Qué has hecho, no de cien mil, sino de cincó millones de franceses, todos conocidos, parientes, amigos y hermanos nuestros? Esta situacion no puede prolongarse; por ella hemos venido á caer en un espantoso despotismo. Tú querias la república, y nos has dado la esclavitud. Nosotros queremos la monarquía basada en la igualdad de derechos, de moralidad, de libertad civil, de tolerancia política y religiosa. ¿Nos has tú dado esa monarquía? ¿Qué has hecho en beneficio nuestro? ¿Qué debemos á tu reinado? ¿Quién ha asesinado al duque de Enghien, puesto en tormento á Pichegru, desterrado á Moreau, cargado de cadenas al soberano pontífice, arrebatado la familia real de España, y dado principio á una guerra impia? Tú. ¿Quién ha perdido nuestras colonias, arruinado el comercio, abierto la América á los ingleses, corrompido nuestras costumbres, ar-

rebatado los hijos á sus padres, desolado las familias, arrasado el mundo, quemado mas de mil leguas de terreno y contribuido á que toda la tierra mire con horror el nombre francés? Tú. ¿Quién ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú. No pudiste hacer semejantes cargos al Directorio; pero nosotros podemos hacértelos. Cuánto mas criminal eres tú que aquellos hombres que en tu propio concepto no eran dignos de reinar. Un rey legítimo y hereditario, por quien el pueblo hubiera sufrido la menor parte de los males que tú nos has causado, habria puesto en peligro su trono, y tú, extranjero y usurpador, podrias ser sagrado para nosotros en proporcion de las calamidades que sobre la Francia has derramado? ¿Seguirias reinando aun en medio de nuestras tumbas? La desgracia nos pone en posesion de nuestros derechos: no rendiremos ya mas adoracion á Moloc: no devoraras mas hijos nuestros: abominamos tus quintas, tu policia, tu censura, tus nocturnos fusilamientos, tu tiranía... no es nuestra voz solamente la que te acusa, es el grito de indignacion del género humano; un grito que nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿Qué país no habrá tenido que lamentar víctimas de tu desolacion? ¿En qué ignorado rincón del mundo habrá una oscura familia que no haya participado algo de sus furores? El español en sus montañas, el iliriano en sus valles, el italiano bajo su hermoso cielo, el alemán, el ruso, el prusiano en medio de los escombros de sus ciudades te piden los hijos que les has degollado, el aduar, la cabaña, el palacio, el templo que les has incendiado. Tú les has obligado á venir á buscar entre nosotros lo que tú les quitaste y á registrar tus palacios para recobrar sus despojos ensangrentados. El grito del mundo te declara por el mas insigne criminal que ha aparecido sobre la faz de la tierra; porque no es sobre pueblos bárbaros, ó sobre naciones degeneradas donde has derramado tantos males, no es sino en el centro de la civilizacion, en un siglo de luces donde has querido dominar con el cuchillo de Atila y las máximas de Neron. Arroja, arroja en fin tu cetro de hierro: desciende de ese montón de ruinas que te sirven de trono: te expulsamos, como expulsaste el Directorio. ¡Aléjate! ó sirvate de castigo el presentiar la alegría que tu caída causa á la Francia, y contemplar con lágrimas de desesperacion el espectáculo de la pública felicidad.

Tales son las palabras que dirijimos al extranjero. Mas si desechamos á Bonaparte, ¿quién le reemplazará? — EL REY.

DE LOS BORBONES.

TAN conocidas son de los franceses las funciones anejas al título de rey que no es necesario explicárselas: la palabra *rey* les representa en el acto la idea de la autoridad legítima, del orden de la paz, y de la libertad legal y monárquica. Los recuerdos de la antigua Francia, la religion, las costumbres de otros tiempos, los hábitos de familia y de nuestra infancia, todo va enlazado á esa palabra sagrada, rey, á nadie asusta; antes por el contrario á todos inspira seguridad. Rey, magistrado, padre son ideas sinónimas para un francés. Pero no sabe lo que es un emperador ni conoce la naturaleza, la forma, ni el límite de poder unido á ese título extranjero, al paso que comprende muy bien lo que es un monarca descendiente de S. Luis y de Enrique IV: un gefe cuya autoridad paternal está arreglada por las instituciones, templada por las costumbres, dulcificada y perfeccionada por el tiempo, así como un vino generoso cogido en el suelo patrio, y purificado por el sol de la Francia.

Hablemos al fin con toda claridad: no habrá reposo, ni dicha para el país, ni estabilidad en las leyes, ni respeto para nuestras opiniones y propiedades hasta que la casa de Borbon se vea restablecida en el trono. Ciertamente no hubiera dejado la antigüedad, mas agradecida que nosotros, de llamar *divina* á una raza que principiando por un rey dotado de valor y prudencia y concluyendo por un mártir, ha contado en el espacio de nueve siglos treinta y tres monarcas, entre los cuales no se encuentra mas que un solo tirano: ejemplo único en la historia del mundo, y eterno motivo de orgullo para la Francia. La probidad y el honor residian en el trono de Francia; así como en otros países lo ocupaban la fuerza y la política. La noble y dulce sangre de los Capetos no descansaba de producir héroes, sino para dar á la nacion reyes que ante todo eran hombres de bien. Los unos merecieron el dictado de sabios, de buenos, de justos y de muy amados; los otros figuran en la posteridad con el epíteto de grandes, augustos y padres de las ciencias y de la patria. Ciertamente algunos tuvieron pasiones que fueron expiadas por medio de desgracias; pero ninguno asustó al mundo con aquellos vicios que pesan sobre la memoria de los Césares, y que Bonaparte ha vuelto á reproducir. Los Borbones, última rama de este árbol sagrado, han visto caer á impulsos de un extraordinario destino, á su primer rey bajo el puñal de un asesino, y al último bajo el acha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de San Luis, de quien descienden, nada les ha faltado, durante tan largo periodo de años, mas que esta gloria de la adversidad, que al fin han obtenido tan espléndidamente. ¿Qué podemos echarles en cara? El nombre de Enrique IV hace palpitar los corazones franceses y llena de lágrimas nuestros ojos. Debemos á Luis XIV la mejor parte de la gloria nacional. ¿No se ha dado á Luis XVI el dictado de hombre el mas honrado de su reino? Desecharemos la sangre de ese monarca por ser nosotros los que le dimos muerte? ¿Por haber hecho morir á su hermana, á su mujer y á su hijo rechazaremos ahora el resto de su familia? Esa familia que está llorando en el destierro no sus desgracias, sino las nuestras. Aquella jóven princesa á quien hemos perseguido, reduciéndola á la horfandad suspira continuamente en los palacios extranjeros por las prisiones de su patria. Un príncipe poderoso é ilustre le ha ofrecido su mano, pero ella prefiere poder unir su destino con el de su primo, pobre, desterrado, proscripto por ser francés, y aquella jóven no quiere separarse de las desgracias de su familia. El mundo entero admira sus virtudes: los pueblos de Europa la siguen admirados cuando se presenta en los paseos públicos, colmándola de bendiciones, y ¡nosotros, nosotros la olvidamos! Al salir de su patria, donde tan desgraciada habia sido lanzó sobre ella una última mirada y sus ojos se anegaron en llanto. Nosotros que somos el constante objeto de sus oraciones y de su amor, nosotros apenas sabemos si existe. ¡Ah! pueda al menos hallar algun consuelo labrando la dicha de su culpable patria! Esta tierra donde naturalmente brotan las flores de lis, las producirá mucho mas hermosas desde que ha sido regada con la sangre de un rey mártir.

Luis XVIII, que es el primero que debe sentarse en el trono de Francia es un príncipe conocido por su instruccion, incapaz de preocupaciones, y ageno á la venganza. De cuantos soberanos podrian instalarse al presente en el trono francés, acaso es el único mas acomodado á nuestra posicion y al espíritu del siglo: así como de todos los hombres que la Francia ha podido escoger, Bonaparte era el menos á propósito para ser rey. Las instituciones de los pueblos son obra del tiempo y la experiencia: para reinar es preciso ante todo razon y uniformidad. Un príncipe que no tuviera en su mente mas que dos ó tres ideas comunes,

pero útiles, convendría á la nacion mas que un aventurero extraordinario, inventando continuamente nuevos planes, imaginando nuevas leyes, y no creyendo reinar sino cuando consigue turbar los pueblos destruyendo por la noche lo que ha creado por la mañana. Luis XVIII no solo tiene esas ideas fijas, esa moderacion y ese buen sentido, tan necesario á un monarca, sino que ademas es aficionado á las letras; es instruido y elocuente como muchos de los antiguos reyes; tiene una imaginacion fecunda é ilustrada y está dotado de un carácter enérgico y filosófico. Elijamos entre Bonaparte que volverá con su sangriento código de quintas, y Luis XVIII dispuesto á cicatrizar nuestras heridas, que se presenta con el código de Luis XVI en la mano, y que en el momento de su consagracion repetirá aquellas palabras escritas por su virtuoso hermano:

« Perdono de todo corazón á los que sin darles motivo se han hecho enemigos míos y ruego á Dios se lo perdone. » Monsieur, el conde de Artois de carácter tan franco, tan leal y tan francés se distingue al presente por su piedad, dulzura y buenos sentimientos como en su infancia se distinguió por sus elevadas maneras y sus gracias régias. Bonaparte huye confundido por la mano de Dios, pero no corregido por la adversidad; á medida que retrocede del país que se substrahe á su tiranía, arrastra en pos de si desgraciadas víctimas cargadas de cadenas: en las últimas prisiones de Francia es donde ejerce los últimos actos de su poder. Monsieur viene solo, sin soldados, sin apoyo, sin ser conocido de los franceses á quienes se presenta. Los pueblos al oír su nombre se postran en tierra; besan respetuosamente sus vestidos, abrazan sus rodillas y le dicen derramando torrentes de lágrimas: «No os traemos mas que nuestros corazones: solo eso es lo que Bonaparte nos ha dejado! Fácil es conocer por el modo con que el uno sale de Francia y el otro entra en ella quién tiene por su parte la legitimidad, y quién está manchado con la usurpacion.

En otro punto de las provincias francesas se ha presentado el señor duque de Angulema: Burdeos se ha arrojado á sus brazos, y el país de Enrique IV ha reconocido entre trasportes de júbilo al heredero de las virtudes del Bearnés. No han visto los ejércitos de Francia caballero mas cumplido que el señor duque de Berry. El señor duque de Orleans con su noble fidelidad á la sangre de su rey, demuestra que su nombre será siempre uno de los mas hermosos de Francia. He hablado de las tres generaciones de héroes, el señor príncipe de Condé y el señor duque de Borbon! dejaré á Bonaparte nombrar la tercera.

No sé si la posteridad podrá creer que tantos príncipes de la casa de Borbon han sido proscritos por un pueblo que les debía toda su gloria, sin poder acusarles de ningún crimen, sin poder achacarles la desgracia por tiranías ejercitadas por el último rey de su raza; no; el porvenir no podrá comprender que haya desterrado la Francia á unos príncipes tan buenos, tan dignos hijos de la patria, para poner al frente de esta á un extranjero que es el mas malvado de los hombres. Concíbese en cierto modo la instalacion de la república: puede un pueblo en un momento de exaltacion, querer cambiar la forma de gobierno y desconocer la autoridad del jefe supremo; mas en el caso de volver á adoptar el sistema monárquico, es el colmo de infamia y de ignorancia quererlo establecer sin el soberano legítimo é imaginarse que pueda sin este existir la monarquía. Modifíquese cuanto se quiera la constitucion de aquella monarquía; pero nadie tiene derecho de cambiar el monarca. Puede acontecer que un rey cruel y tiránico, que quebranta todas las leyes, que priva á todo un pueblo de sus libertades, sea destronado por una revolucion violenta, pero en esos casos extraordinarios, la corona pasa á su hijo, ó á

su mas inmediato heredero. ¿Ha sido tirano Luis XVI? ¿Podemos hacer cargos á su memoria? ¿En virtud de qué autoridad privamos á su raza de un trono que por tantos títulos le pertenece? ¿Por qué extravagante capricho hemos dado á Bonaparte la herencia de Roberto el Fuerte? Este Roberto el Fuerte descendia verosimilmente de la segunda raza y esta como es consiguiente estaba unida con la primera. Era conde de París. Hugo-Capeto como francés, trajo á sus compatriotas la ciudad de París, herencia paterna, y bienes y dominios inmensos. La Francia tan pequeña en tiempo de los primeros Capetos se enriqueció y aumentó en el reinado de sus descendientes. Y en provecho de un oscuro isleño, cuya fortuna ha sido preciso fraguar á costa de toda la de los franceses, hemos destruido la ley sálica, paladion de la Francia? ¿Cuan diferentes eran de nosotros en opiniones y sentimientos nuestros padres! Cuando murió Felipe de Valois en perjuicio de Eduardo III, rey de Inglaterra, prefiriendo condenarse á sufrir dos siglos de guerras á dejarse gobernar por un extranjero. Esta noble resolucion produjo la gloria y la gradeza del reino: el oriflama fue despedazado en los campos de Crecy, de Poitiers y Arincourt, mas sus girones triunfaron por último de la bandera de Eduardo III y Enrique V. El grito de *Montjoie Saint-Denis* sofocó el de todas las facciones. En la muerte de Enrique III volvió á suscitarse la misma cuestion hereditaria y entonces fue cuando el Parlamento expidió el célebre decreto por el cual la Francia cuenta en el número de sus reyes á un Enrique IV, y á un Luis XIV. Y sin embargo no eran innobles las cabezas de los Eduardos III, Enrique V, Duques de Guisa, é infantes de España que se presentaron á disputar la corona! ¡Dios eterno! ¿Qué se ha hecho pues el orgullo de la Francia! Una nacion que rehusó admitir tan grandes soberanos á trueque de conservar su raza francesa y real, ha venido á parar en elegir á un Bonaparte!

En vano se pretenderia decir que Bonaparte no es extranjero; lo es á los ojos de toda la Europa, y de todos los franceses imparciales: lo será en el fallo de la posteridad, que acaso le adjudicará la mayor parte de nuestras victorias, y nos achacará parte de sus crímenes. Bonaparte no tiene nada de francés ni en sus costumbres, ni en su carácter. Hasta en las facciones del rostro revela su origen. El idioma que aprendió en la cuna no es el de la Francia, y en su pronunciacion, así como en su apellido se echa de ver la patria. Sus padres pasaron mas de la mitad de su vida siendo súbditos de la república de Génova, y él mismo usa de mas sinceridad que sus aduladores, pues no reconociéndose por francés nos aborrece y desprecia. Mas de una vez se le han escapado las siguientes palabras: *He aquí lo que sois vosotros los franceses*. En cierto discurso habló de Italia, como de su patria, y de la Francia, como de una conquista. Si Bonaparte es francés, será preciso convenir en que Santos Loubertoure tenía mejores títulos que él para serlo; pues al fin habia nacido en una antigua colonia francesa que estaba gobernada por las leyes francesas, y el estado libre á que pertenecía por su nacimiento le daba derechos de súbdito y ciudadano. Y un extranjero educado por la caridad de los reyes franceses ha usurpado su trono y arde en deseos de derramar su sangre! ¡Nos interesamos por su infancia y ahora nos sumerge en un abismo de dolor! ¡Justa y providencial compensacion! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimieron á los galos: los franceses han desolado mas de una vez la Italia, y los Médicis, los Galigai y los Bonapartes nos han desolado á su vez. La Francia y la Italia deberían al fin conocerse, y renunciar para siempre á toda mútua relacion. ¡Qué grato será reposar por último de tantas agitaciones y desgracias bajo la paternal autoridad de un soberano legítimo! Si por

un momento pudieron los franceses ser súbditos de la gloria que sus armas habian derramado sobre Bonaparte, ahora que este se ve despojado hasta de su gloria sería una insensatez seguir siendo esclavos de sus crímenes. Rechacemos á ese opresor como todos los demás pueblos lo han rechazado. No se diga de nosotros que hemos dado muerte al mejor y mas virtuoso de los reyes: que nada hicimos por salvar su vida y hoy derramamos nuestra última gota de sangre, y sacrificamos los últimos restos de la patria, por sostener á un extranjero á quien por otra parte abominamos. ¿Con qué razones esta Francia infiel justificaria su abominable fidelidad? Preciso sería en tal caso confesar que nos complacen los atentados; que los crímenes nos encantan y que solo la tiranía es el gobierno que nos conviene. ¡Ah! Si las naciones extranjeras cansadas por último consintieran á dejarnos ese insensato; si tuviésemos suficiente hajeza de comprar, por una parte de nuestros territorios la infamia de conservar en medio de nosotros el germen de la peste y el azote de la humanidad, sería preciso huir al fondo de los desiertos, cambiar de nombre y de idioma, y olvidar y hacer que los demás pusieran en olvido que habiamos sido franceses.

Pensemos en la dicha de una patria común; no perdamos de vista que nuestra suerte depende de nosotros mismos: una palabra puede volvernos á dar la gloria, la paz y el aprecio del mundo ó sumergirnos en la mas espantosa é innoble esclavitud. Restauremos la monarquía de Clodoveo, la herencia de San Luis, y el patrimonio de Enrique IV. Unicamente los Borbones convienen hoy á nuestra situacion desgraciada: solo sus manos pueden curar nuestras heridas. La moderacion, la paternidad de sus sentimientos, y sus propias adversidades, se adaptan á un reino extenuado, y cansado de convulsiones y desgracias. Con ellos todo será legítimo; sin ellos nada. Su presencia hará renacer el orden, cuyo principio representan para nosotros. Ellos son nobles y bizarros caballeros, tanto ó mas franceses que nosotros mismos. Esos señores cuya divisa son las flores de lis han sido en todos tiempos célebres por su lealtad; tan arraigados están en nuestras costumbres que al parecer forman parte de la misma Francia y su ausencia aflige en estos momentos como la falta del aire y del sol.

Mas si con ellos debe volver la paz, si ellos solos pueden poner término á esta demasiado larga revolucion, el regreso de Bonaparte, por el contrario, nos sumergirá en horribles calamidades y en interminables desavenencias. ¿Puede acaso la imaginacion mas fecunda prever lo que sería aquel monstruoso gigante encerrado en sus estrechos límites, no pudiendo ya devorar los tesoros del mundo, ni seguir derramando la sangre de Europa? ¿Puede nadie representárselo encerrado en una corte arruinada y envilecida, descargando únicamente sobre los franceses su rabia, sus venganzas y su genio turbulento? Bonaparte no ha cambiado; ni cambiará nunca. Constantemente seguirá inventando planes, leyes y decretos absurdos, contradictorios ó criminales. Siempre seguirá atormentándonos y no dando la suficiente seguridad á nuestras vidas, á nuestra libertad y á nuestras propiedades. En tanto que tenga en su mano elementos para turbar el mundo, se dejará dominar del afán de trastornar nuestras familias. Unicos esclavos en medio de un mundo libre, objeto del desprecio de los pueblos, el último grado de nuestra miseria sería no sentir el peso de nuestra hajeza, y adormecernos, como un esclavo de Oriente, indiferentes al cordon que el sultan nos enviara al despertar.

No, no sucederá así. Tenemos un príncipe legítimo, oriundo de nuestra sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que tiene nuestras mismas inclinaciones, usos y costumbres; por quien hemos rogado á Dios en nuestra infancia;

cuyo nombre es tan familiar á nuestros hijos como el de sus vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Por haber obligado nosotros á nuestros antiguos príncipes á ser viajeros será para ellos la Francia una propiedad que habrá caducado? ¿y aun en este caso deberá seguir en posesion de ella Bonaparte por su derecho de extranjero no naturalizado? ¡Ah! no incurramos por Dios en tal deslealtad: no desheredemos á nuestro señor natural para dar su lecho al primero que se presente pidiéndolo. Si nos faltasen nuestros señores legítimos, el último francés sería preferible á Bonaparte para gobernarlos; pues á lo menos no tendríamos el baldon de estar sometidos á un extranjero.

No me resta mas que probar que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesario á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

No considerando por de pronto mas que las razones particulares, ¿habrá algun hombre en el mundo que haya querido fiarse nunca en la palabra de Bonaparte? ¿No es un punto de su ordinaria política y una de las inclinaciones de su corazón el hacer consistir la habilidad en engañar, en considerar la buena fe como una fullería y como señal de una capacidad limitada, y en burlarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido ni uno solo de los tratados que celebró con las diversas potencias de Europa? Siempre ha llevado á cabo sus mas sólidas conquistas violando algun artículo de aquellos tratados antes de declarar la guerra: rara es la vez que ha evacuado una plaza que debía devolver, y ahora mismo que se ve abatido aun retiene en su poder algunas fortalezas de Alemania como fruto de sus rapiñas y testigos de sus engaños.

Atado será de manera que no podrá proseguir en sus atentados.—En vano lo debilitarais desmembrando la Francia, estableciendo guarnicion en las plazas fronterizas por un número de años; obligándole á pagar sumas considerables, reduciéndole á no tener mas que un pequeño ejército y á destruir su sistema de quintas; todo será en vano. Bonaparte, (volveremos á repetirlo) siempre es el mismo. La adversidad no ejerce accion sobre él, por la razon de no haber sido nunca superior á la fortuna. Estará meditando en silencio su venganza: de repente despues de uno ó dos años de reposo, cuando la coalicion se haya disuelto, cuando cada potencia habrá vuelto á sus Estados, volverá á llamar la Francia á las armas, se aprovechará de las generaciones que se habrán ido desarrollando, arrebatará plazas, franqueará las líneas de seguridad é inundará nuevamente á la Alemania. Aun en este momento de nada mas habla que de ir á incendiar á Viena, á Berlin y á Munich; no puede resignarse á soltar la presa. ¿Volverian en este caso bastante á tiempo los rusos desde las orillas del Boristhenes para salvar por segunda vez á la Europa? ¿Esta maravillosa alianza, obra de 25 años de sufrimientos, podrá volver á anudarse rotos que sean una vez todos sus hilos? ¿No habrá hallado Bonaparte el medio de corromper algunos ministros, seducir algunos príncipes, dispartar antiguas rivalidades, y hacer entrar acaso en sus intereses á algunos pueblos cuya ceguera llegue hasta el punto de combatir bajo sus banderas? Por último ¿ocuparán los tronos los mismos príncipes que hoy reinan? ¿No podría un cambio de dinastía traer consigo un cambio de política? Potencias que tantas veces han sido engañadas ¿podrian repentinamente adquirir una confianza que causaria su ruina? ¿Cómo! ¿Habrian podido olvidar el orgullo de aquel aventurero que las ha tratado